

IN MEMÓRIAM: IMRE KERTÉSZ

Un último instante de escritura en el paredón

Yurisan Berenice Bolaños Ruiz
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*Buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno,
no es infierno, y darle espacio y hacerle durar*
Italo Calvino

En una conferencia dictada en mayo de 1995, el escritor Imre Kertész resume sus vivencias en las siguientes palabras:

[El conferenciante] Nació en el primer tercio del siglo xx, sobrevivió a Auschwitz y pasó por el estalinismo, presenció de cerca, en tanto habitante de Budapest, un levantamiento nacional espontáneo, aprendió, como escritor, a inspirarse exclusivamente en lo negativo, y seis años después del final de la ocupación rusa llamada socialismo –o, si se quiere, del siglo xx desde un punto de vista histórico–, encontrándose en el interior de ese vacío voraginoso que en las fiestas nacionales se denomina libertad y que la nueva constitución define como democracia –aunque también lo hiciera la anterior, la socialista–, se pregunta si sirven de algo sus experiencias o si ha vivido del todo en vano.¹

Es el testimonio de un escritor cuya vida estuvo atravesada por los acontecimientos más representativos del siglo pasado. Víctima de una larga y dolorosa enfermedad, Kertész muere el 31 de marzo del presente año, se pone fin a una vida que supo soportar con admirable aliento

creativo *la carga de nuestro tiempo*.² Guerras, totalitarismos, campos de concentración, sociedad de masas, el resurgimiento de nuevos nacionalismos, se volvieron, en la pluma del escritor, la *inspiración negativa* que dio forma a una de las obras narrativas esenciales para comprender la experiencia humana durante el siglo XX e inicios del XXI.

La Academia Sueca le otorga en el año 2002 el Premio Nobel de Literatura por una escritura “que sustenta la experiencia frágil del individuo contra la arbitrariedad bárbara de la historia”.³ Dicho reconocimiento valoraba no sólo la calidad literaria de su obra, sino la capacidad de narrar las experiencias más terribles, es decir, frente a una vorágine de acontecimientos históricos que tienden a borrar lo propio, lo personal, Kertész hace de su escritura ese recóndito lugar que la guerra y el *Lager* quieren destruir.

En 1975 se publica *Sin destino*, su primera novela. En ella se narran las experiencias de Gyorgy Köves, joven judío –identificado por varios críticos literarios como *alter ego* de Kertész– capturado por los nazis en su natal Budapest y recluido en varios campos de concentración, incluido Auschwitz. La obra es única en su género por la original manera de narrar la vivencia concentracionaria; la mirada del adolescente de quince años le sirve para estructurar una novela en donde el terrible ambiente del *Lager* es experimentado con sorpresa y asombro, incluso con alegría. La naturalidad con que Gyorgy enfrenta la crueldad de su situación es el recurso que Kertész utiliza para hacer notar que nuestras categorías interpretativas convencionales no son útiles para pensar una realidad que las excede; pero la mirada infantil, desprovista de estas categorías, puede ayudar a acercarnos a una realidad ya de por sí inefable.

La apuesta de Kertész es construir narrativamente una mirada que ayude al lector a develar los cotidianos mecanismos por medio de los cuales la violencia del *Lager* se va naturalizando, pues, afirma el escritor, una violencia de tal magnitud no se asimila –ni se vive– de golpe sino paulatinamente. En *Sin destino*, el escritor húngaro establece una característica de toda su narrativa posterior: la ruptura con el estereotipo de la víctima del holocausto –presente en la mayoría de la literatura concen-

tracionaria de la época—. El carácter de su escritura no lo deja asumir ni martirios ni heroísmos, en su narrativa no encontraremos estas polaridades, sus personajes son *humanos, demasiado humanos* —ni santos ni demonios— y oscilan constantemente entre la malicia y los actos de bondad.

Tenemos pues que la primera novela de Imre Kertész marcaba ya las coordenadas de toda su obra: originalidad, ruptura con los convencionalismos narrativos y el rescate —mediante los mecanismos de la ficción— de la experiencia personal; que aunado a las ya mencionadas escenografías de guerra, totalitarismos y sociedades de masa —en las que se ambientan sus obras— confluyen en un estilo literario híbrido y en ocasiones fragmentario que mezcla novela, relato y ensayo.

La obra de Kertész es indisociable de los tiempos que le tocan vivir; aunque apunta a la narración de la experiencia cotidiana y singular, se enmarca en determinados contextos históricos. El autor no sólo sobrevive al holocausto, le toca vivir bajo el régimen socialista de la República Popular de Hungría y finalmente la transición de la Europa del Este hacia la democracia. Todos estos grandes bloques históricos toman forma en los escenarios y los personajes que Kertész retrata.

Su narrativa transita por varios momentos, *Sin destino*, *Fiasco* y *Kaddish por el hijo no nacido* constituyen una suerte de trilogía cuyo tema conceptual es la ausencia de destino. Determinado siempre por fuerzas externas, Köves, personaje central de *Sin destino* que aparece también en las otras dos novelas mencionadas, está impedido para construir una vida propia; los personajes —al igual que los hombres— que viven en condiciones totalitarias se caracterizan por este rasgo de “sindestinidad”, es decir, “el hecho de vivir como una realidad la determinación que se nos impone en lugar de la necesidad que es consecuencia de nuestra libertad, siempre relativa”.⁴ Las determinaciones que el personaje asume se oponen a sus tendencias más propias, sin embargo, es incapaz de renunciar a ellas: “así nace la ausencia de destino en su estado puro”.

Además de estas tres obras, la narrativa kertesiana crea puentes entre la novela y el ensayo: *Diario de la galera* y *Yo, otro* son ejemplo de una

escritura híbrida en donde el autor intercala las impresiones del protagonista (que al lector le remiten siempre al propio autor) con crítica cultural y reflexiones filosóficas. La primera es una serie de apuntes escritos entre 1961 y 1991 que dan cuenta de la experiencia de un escritor en medio del “derrumbamiento centroeuropeo”; la segunda comparte la misma escritura fragmentaria que *Diario de la galera* y, al igual que la trilogía citada, aborda la cuestión de la construcción de un yo falso en tanto impuesto desde fuera.

En *Yo, otro* encontramos también la relación entre destino y escritura, en ella la identidad del protagonista sólo se materializa mediante el acto de escritura. *Un instante de silencio en el paredón* y *La lengua exiliada* son compilaciones de artículos y discursos en los que Kertész despliega su capacidad reflexiva, en ellos vuelve sobre los mismos temas de sus novelas. Completan su obra *Liquidación*, una novela en donde Auschwitz flota por encima de todos su personajes; *La bandera inglesa*, una serie de tres relatos cuya narración va perdiendo densidad para alejarse del cuento y acercarse al estilo ensayístico; *Dossier K*, una autoentrevista que sirve a Kertész para aclarar aquellos temas siempre presentes en su obra: la labor literaria, Auschwitz, la relación entre autobiografía y novela. En el 2009 sale a la luz la recopilación de la correspondencia entre Kertész y su editora, Eva Haldimann, bajo el título *Cartas a Eva Haldimann*. Finalmente y de manera póstuma se publica *La última posada*, escrita bajo los efectos del Párkinson que lo aquejó por más de 15 años, es una crónica de sus últimos días que retrata la lucha por la dignidad y la creatividad en el horizonte de la muerte.

Pensador incómodo, sostuvo una postura crítica hasta el final; en sus últimas declaraciones recrimina duramente a su país de origen el auge actual de un sentimiento antisemita y ultranacionalista justificado en la búsqueda de una identidad húngara, sentimiento que parece extenderse por varias regiones de Europa en donde movimientos de ultraderecha comienzan a ganar terreno. En días recientes hemos sido partícipes de la irrupción pública de estos movimientos, en Alemania, por ejemplo, se

ha producido una serie de movilizaciones bajo la consigna de proteger a Europa de la tendencia islamista, aglutinando a miles de manifestantes; las manifestaciones han tenido réplicas en varias ciudades europeas. La sombra de Auschwitz nos obliga a reflexionar en aquellas palabras que pronunciara Kertész en su discurso de aceptación del Premio Nobel: “y así; al pensar en Auschwitz, pienso, quizá paradójicamente, más en el futuro que en el pasado”.

En una época que fluctúa entre la amnesia colectiva y la obsesión por la recuperación histórica se hace indispensable la lectura de una escritura que no está motivada por la instrumentalización de la memoria y que en su voz condensa la historia de la segunda parte del siglo XX hasta nuestros días. Es la historia del sobreviviente, de aquél que después de haber experimentado terribles infamias encontró la lucidez de la escritura e hizo de ella la justificación para continuar con vida; y que ve en ella una frontal oposición a todo intento de dominación total, el punto de fuga de todo orden totalitario, una grieta en la estructura que permite que ésta no cierre por completo su círculo mortuario.

Kertész no es un observador ingenuo, encuentra lógicas totalitarias que han persistido aún en sociedades no totalitarias, y sin embargo su lectura siempre es esperanzadora. Cree que la literatura es la respuesta al orden uniforme que la sociedad de masas ha moldeado, es valentía y toma de distancia respecto a este orden, sus valores y su lenguaje. Kertész se esfuerza una y otra vez por recordarnos la actualidad de Auschwitz en tanto horizonte de facticidad ética y política, no obstante, su esfuerzo es mayor cuando nos muestra la potencia del acto creativo para subvertir ese orden. No se necesitan grandes desgracias para aniquilar la posibilidad de un destino, el hombre moderno encuentra su esclavitud en la vida democrática y liberal de las grandes ciudades. Reducido a cumplir silenciosamente el rol que la sociedad le ha impuesto, se mueve según se agiten las aguas de la masa; sin embargo este hecho puede constituir a la vez fatalidad y potencia. Al respecto, el autor señala: “de ahí extraigo mi inspiración cuando, de repente, con un grito frenético como

quien sufre un ataque, paso de la existencia a la expresión. El hecho de estar marcado es mi miseria y mi capital”.⁵ Aun dentro de los sistemas totalitarios la vida no está del todo sitiada, existe la brecha del arte, la respuesta literaria, la posibilidad de dar consistencia a la vida mediante la experiencia creadora. La decisión por el arte y el sentido de la vida que ella entraña es la lección última –quizá la más valiosa– de la escritura kertesiana.

Notas

¹ Imre Kertész, *Un instante de silencio en el paredón. El Holocausto como cultura*, Barcelona, Herder, 2002, p. 29.

² En alusión a la conocida frase de Hannah Arendt para quien el Totalitarismo representa “la carga que nuestro siglo ha colocado sobre nosotros”. Véase Hannah Arendt, *Los orígenes del Totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1973.

³ http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2002/index.html

⁴ Imre Kertész, *Diario de la galera*, Barcelona, Acantilado, 2004, p. 18.

⁵ Imre Kertész, *Yo, otro. Crónica del cambio*, Barcelona, Acantilado, 2002, pp. 28-29.

